



**Artículo:** Estampas de la Ciudad de México

**Autor(es):** Farfán Cano, Isabel

**Revista:** Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

**Número:** 81

**Año:** 2008

**ISSN edición impresa:** 0187-182X

**ISSN de pdf:** [en trámite]

**Forma sugerida de citar:** Farfán Cano, Isabel. "Estampas de la Ciudad de México

" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 81 (2008): p. 23-32. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3581>

---

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

**Entidad editora:** Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

**Correo electrónico:** [departamento.editorial@historicas.unam.mx](mailto:departamento.editorial@historicas.unam.mx)

---

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es/>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: [departamento.editorial@historicas.unam.mx](mailto:departamento.editorial@historicas.unam.mx)

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
  - **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
  - **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.
- 



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



REPOSITORIO  
INSTITUCIONAL  
HISTÓRICAS  
UNAM

---

## ○ REIMPRESOS

### Estampas de la ciudad de México\*

Isabel Farfán Cano

---

#### A BORDO DEL CAMIÓN

¡Hay lugar! ¡Hay lugar! Pero, ¿en dónde? —decimos *in mente* los que viajamos en el camión—. Como es temprano, el vehículo va repleto de pasaje, un pasaje heterogéneo: muchachas que van a la escuela, algunos obreros vestidos con su clásico overol azul, manchado de aceite; un señor gordo que audazmente intenta leer la nota roja en el diario matutino. Vemos la fatiga de sus ojos, que en cada salto y durante las paradas repentinas del vehículo pierden el renglón y sienten que se les “empastelan” los párrafos. Allá hay una señora que lleva sobre el regazo a un niño, probablemente su hijo. Es un niño feo (no todas las criaturas han de ser bonitas), y, además, travieso. Tocándonos como vecino, se entretiene en picarnos las costillas con una varita que en mala hora lleva en la mano. Es lógico que con una sonrisa forzadaísima le digamos:

—Niño, ¡estate quietecito!

Y acto seguido, dirigiéndose a la mamá:

—¡Qué mono es su nene!

Y con el pensamiento preguntamos:

—¿Dónde estará la esquina en que se apee esta carga?

Es fama, y muy antigua, que los niños son los seres más dulces (“Luna nueva”, de Tagore), más bondadosos, más encantadores, etcétera; pero ya que tenemos muy cerca este ejemplar y hemos observado a otros en diversos medios, asentamos una conclusión poco halagadora: los niños no son tan dulces, bondadosos y encantadores como dicen. Tanto se les ha idealizado que la página de sus actos ha quedado en blanco. Un adulto es capaz de matar por celos o por envidia a la amante o al hermano; mas, por cruel que el delito sea, es de adulto a adulto. Un chiquillo es capaz de descuartizar viva a una pobre rana, sin conmovirse en lo más mínimo. ¡Cómo tienen recuerdos de sus dulces y tiernas manecitas las colas

---

\* Título del editor. La autora fue una periodista mexicana que, entre otras cosas, publicaba crónicas de la vida urbana en la capital de la república. En esta serie, iba acompañada por el fotógrafo R. Carrillo G. Se respetó el título de cada una de las crónicas, todas publicadas en la revista *Todo*, que dirigía Félix F. Palavicini. “A bordo del camión”, 4 de septiembre de 1934; “Carne de mercado”, 11 de septiembre de 1934; “En el empeño”, 5 de marzo de 1935, y “El despertar de la ciudad”, 18 de septiembre de 1934.

---

de los gatos, las orejas de los perros, la nariz del papá y el tejido casero de la madre! El niño es egoísta, y muy egoísta. Es veleidoso, injusto, caprichoso, mal agradecido. Es pendenciero, desobediente, sucio y glotón. Porque es pequeño se hace respetar de todos. Porque es débil se hace temer y proteger. Porque es ingenuo nos obliga a que soportemos sus majaderías. Porque no tiene nada, se le ha de dar todo. Y en estas circunstancias se convierte en el más peligroso tiranuelo. Víctima aparente, en realidad sólo es el victimario de los padres, de los abuelos, de los maestros, de los pequeños amiguitos...

El niño es un poema, pero es también una calamidad.

Este “poema” del camión sigue molestándonos, y resolvemos continuar el viaje a pie. Por fortuna, el vehículo hace alto en el Puente de la Verónica, y madre y calamidad descienden. Suben dos mujeres regordetas, vulgares, que llevan unos maletones de ropa. Son lavanderas. Dejan su carga en el piso y se sientan sobre ella muellemente. Platican, y nosotros aguzamos el sexto sentido que nos dio la Madre Naturaleza. La mujer “A” dice:

—Nada más por mi necesidad vengo por esta ropa hasta tan lejos.

La “B” responde:

—Pues yo, por la misma necesidad, le sigo lavando a esta vieja —y la voluminosa y vulgar “B” dirige sus expresivos ojos hacia el bulto que le sirve de asiento—. Me da unos trapos tan puercos, que tengo que gastar lo doble en jabón, y luego para tan disgustada que es y para tan baratata.

“A” comenta:

—Si le digo a usted que... —menea la cabeza— ya no sabe una qué hacer para ganar el centavo de la comida.

El camión se ha ido llenando y vaciando alternativamente. Hace mucho que se bajaron las colegialas que subieron con gritos, empujándose y cayendo sobre éste y aquél. No nos dimos cuenta de cuándo se bajó el señor que tenía la anti-higiénica necesidad de leer su periódico. Los obreros tampoco están ya. En estos momentos atravesamos unas calles desagradables, calles que tienen aspecto de miseria, tufos de vino y de tabaco. Calles por donde han ido y venido los compradores del triste amor mercenario.

Parque Venustiano Carranza. El camión está casi vacío. Sólo quedamos cuatro pasajeros: una anciana vestida de negro, que dormita arrullada por el vaivén del carro y se da golpes de pecho con la barbilla; un señor cuyo desproporcionado vientre da motivo para que pensemos que es un hidrópico, y cuyos ojos espían tras los cristales del parabrisa, mientras su mano aprieta un paraguas; y el infatigable Carrillo, con su gráfex reporteril alerta, y yo...

Ferrocarril de Cintura. Sólo quedamos nosotros. Después, barrios de nutrida población obrera; calles del Platino, que a pesar del nombre son de lodo y miseria. Todavía por estos rumbos no llega la fiebre del embellecimiento metropolitano.

Calzada de Guadalupe. Suben dos muchachas: *rouge*, rímel, polvo de arroz (anuncio de productos de belleza muy corrientes). Vestidos de confección casera y mala. La sospecha de que son “dependientas” enraíza. Una de ellas flirtea con el

---

---

chofer, intermediando el espejo, y, por supuesto, el hombre no se hace el desentendido. Acaba de subir una señora con un canastón colmado de fruta; probablemente es una vendedora. El ambiente huele a huerta. Ahora sube un muchachito con un pastel acomodado en un plato de peltre y espolvoreado con grajeas color de rosa. ¿Se trata de una cuelga? ¡Ah, sí! —pensamos—. La cuelga para algún “Agustín”, pues es el día de aquel famoso convertido, y recordamos con la sapiencia filosófica del santo, las lágrimas de Mónica, su madre, que también es santa.

Casi sin darnos cuenta, el camión va otra vez repleto. Nonoalco, Cedro... ¡Qué tragedia! Una dama que perdió el equilibrio plantó sus huellas digitales en la cuelga de “Agustín”. Chapultepec, y aquí bajamos nosotros. Dos horas de rodar en el “Circunvalación” nos parecen suficientes.

Tomamos otro camión que nos lleve al centro. El pasaje es muy selecto. Mujeres, entre ellas algunas extranjeras, bien vestidas. Trajes importados. Ellos, muy pulcros, bien peinados, con la carne fresca gracias al reciente baño, y zapatos limpios. Frente a nosotros una señora piadosa luce un hábito café de monja carmelita, y lleva en la cintura un cordón del que escurre un rosario de gruesas cuentas negras. Mientras su mirada observa a todos, sus desteñidos labios se mueven, y es de suponerse que musita algún rezo por la salvación de sus prójimos.

Sube un señor que se acomoda entre dos chicas. Ostenta un puro enorme, que pronto satura con su olor el ambiente. Mira de soslayo los escotes de sus vecinas, y sostiene su “comodidad” con el andamio de un bastón grueso. Un presumidillo exhibe su cabellera engomada y reluciente. Notamos que está bastante engreído con su endeble figura. Tiende miradas con aire de conquistador, sin dignarse fijarlas en nadie, seguro de que todas se fijan en él. Y se equivoca, porque nadie le ha dado importancia.

Alto forzoso frente al monumento donde un gordo Borbón monta a caballo. Un señor que ha perdido la oportunidad de bajarse en la parada anterior, ahora lo hace de prisa, y en sus afanes pone todo el volumen de su zapato sobre el desnutrido pie de una viejecita, curando la dolencia con un “Dispense, usted”, y la anciana sonrío satisfecha.

Por las calles de Tacuba, paulatinamente, se va disgregando el pasaje. Sólo nosotros llegamos hasta la terminal. El compañero Carrillo ha tomado, alevosamente, bastantes fotos.

Y ahora un consejo, señor lector: para que el viaje en camión no se le haga muy pesado, dedíquese como nosotros a observar tipos. Los encontrará variados, y le aseguramos que se divertirá.

## CARNE DE MERCADO

“Ganarás el pan con el sudor de tu frente”, pero, ¿en realidad basta con sudar, con gastar los músculos, con luchar hasta el agotamiento físico, e inclusive el del espíritu, para ganarse el pan? ¿Hay una justa relación entre el esfuerzo que se de-

---

sarrolla, entre ese sudar de que nos habla la Biblia, y el sustento adquirido? Nos resistimos a creerlo. No es siempre quien más suda ni quien más se esfuerza el más afortunado. La economía del mundo, regida por el desequilibrio más grande, por la desigualdad más absoluta, arroja saldos dolorosos. Si no se trata, de individuos que van a engrosar la trágica falange de los sin trabajo, se trata de personas que, pese a la actividad que desarrollan, sólo el milagro de una adaptación a las circunstancias nos explica cómo pueden vivir. Sobre sus hombros cae en todo su divino volumen la maldición de Jehová; y es lo peor del caso que todavía no logran obtener ni siquiera lo indispensable para cubrir las más rudimentarias necesidades de la vida. Entendemos que “poseer el pan” no es el hecho material de engullir una torta de a cinco centavos. Dios se valió de una metáfora cuyo significado abarca techo, vestido y sustento. ¡Y qué pocos son los que, con lo que ganan, pueden tener estas tres cosas como es necesario...!

Muchos hay que se ven obligados a optar por cubrir sólo una de estas tres necesidades, la que les parece, de acuerdo con su “aguante”, la más perentoria.

Tenemos, por ejemplo, el caso del vendedor ambulante, ese tipo que acostumbra llevar en mugroso ayate la peor fruta, adquirida en las bodegas de La Merced a precios ínfimos, lo que le permite, al revenderla, obtener una pequeña ganancia. ¡Cuántas horas de caminar, cuántas horas de ir de calle en calle gritando, para ganarse unos cobres con los que, un buen día, no podrá ni pagar los veinte centavos que le cobren en algún dispensario gratuito! En verdad, es inexplicable cómo puede vivir esta gente con sus exiguas ganancias, de las que tuvieron que descontar su propia fuerza de trabajo. Viven en verdaderas pocilgas, visten andrajos y su alimentación es pésima; de ahí que los hijos les nazcan desnutridos, anémicos y con marcadísimas predisposiciones para todos los males.

Tenemos también a las ínfimas vendedoras que pululan en los mercados, como la vendedora de limones, la de chícharos, la de aguacates, que no tienen puesto fijo, sino que usan canastas o bateas, y transitando realizan su mercancía mediante el pago de “la plaza”, o sea del derecho a vender. Una vendedora de limones nos decía, con mucho de triste resignación:

—No se gana nada. Saco ciento y medio de limones, y cuando de casualidad logro venderlos todos, mi ganancia es de treinta centavos.

—¿Cómo? ¿Por qué?

Y la mujer nos hizo las cuentas: un centenar y medio le cuestan noventa centavos; pasaje, veinte centavos; boleto de plaza, diez centavos; total: un peso veinte. Vende el ciento y medio en un peso cincuenta centavos; le queda una ganancia de *treinta centavos*.

¿Es posible vivir con treinta centavos? ¿Y los hijos? Nosotros observamos a la vendedora: rostro cetrino, enjuta de carnes a pesar de su juventud, la privación le saltaba en el opaco brillo de sus ojos oscuros. Ya eran las doce, el sol caía a plomo, y en el canasto de carrizo quedaba por lo menos la mitad de la mercancía. Inútilmente la vendedora alargaba la mano llena de frescos y hermosos limones; estérilmente su voz atiplada decía:

---

---

—¡Los limones, a centavo limones! ¡A seis cinco con tal de que me los lleve!  
—su voz se perdía en aquel mare mágnun...

Ahora estamos frente a un ejemplar típico de india. Se acercó a nosotros para ofrecernos gorditas de frijol y “chalupas” de maíz quebrado, que llevaba en clásico taxcal de tule. Compramos algo para entrar en conversación:

—Sí, marchantitos, las ventas están muy malas, cada día peores...

—¿Y a cómo le dan el maíz?

—A catorce centavos el cuartillo; pero luego la leña y el carbón, el frijol para el relleno, la “plaza”... ¿qué le viene quedando a uno?

Veamos a qué se reduce la ganancia líquida de esta mujer: maíz, cuarenta y nueve centavos; leña y carbón, treinta centavos; frijol, veinticinco centavos; manteca, quince centavos; boleta de la plaza, diez centavos; sólo un pasaje, de la plaza al mercado, diez centavos; total: un peso treinta y nueve centavos. Obtiene dos pesos. Ganancia: *sesenta y seis centavos*.

Con una utilidad de sesenta y seis centavos, que naturalmente es susceptible de variación, ella sostiene a su madre y a cinco hijos. ¿Puede esta pobre mujer cubrir por lo menos las necesidades más urgentes de la vida?

Nos acercamos a una vendedora de camote. Las moscas glotonas hacían aterrizajes sobre los enmielados tubérculos, mientras la buena señora, con un plumerillo de tiras de papel, las amenazaba. Le preguntamos a cuánto ascendían sus ganancias, y vimos con hondo desconsuelo que esta mujer tenía idénticos problemas que las anteriores, y como aquéllas también lanzó un profundo suspiro al decir lo que tenía que pagar por el boleto de “plaza”. Dedujimos que, de todos los gastos que estas mujeres tienen que hacer, el que más les duele es el del boleto municipal.

—Yo compro —nos dijo la camotera— arroba y media de camote; es decir, un peso veinte centavos; leña, quince centavos; piloncillo, quince centavos; cargador, veinticinco centavos; plaza, diez centavos. Total, un peso ochenta centavos...

La venta le deja dos pesos cincuenta centavos. Ganancias: *setenta centavos*.

Con esta cantidad sostiene a cuatro niños que ni siquiera van a la escuela porque la pobre vendedora de camote no les puede comprar los útiles que necesitan.

Después de examinar varios casos, muchos de los cuales no consignamos ahora, nos parece inexplicable que puedan vivir estas pobres gentes con base en una ganancia miserable, de un esfuerzo indecible, de múltiples privaciones.

Pero, en realidad, ¿es vida la suya?

## EN EL EMPEÑO

El viejo reloj de nuestra histórica catedral marca las diez de la mañana. Hace una hora que las puertas del Monte de Piedad se han abierto para dar paso a una multitud de personas necesitadas. Entramos al interior del edificio. En las ventanillas de “empeño” hay una larga hilera formada por hombres y mujeres de todas

---

las edades. A cada minuto que pasa, la fila en cuestión se va haciendo más nutrida. Tras la rejilla de hierro, el valuador recibe los objetos: ropa, instrumentos musicales, objetos de arte, una heterogeneidad de prendas, que hacen pensar en la categoría de sus dueños.

Las gentes que van llegando toman medrosamente su lugar; parece como si de intento no quisieran hacer ruido para no llamar la atención. Abundan mujeres embozadas en raídos chalecillos negros, con envoltorios bajo el brazo. Cuando llegan ante el valuador notamos que se trata de prendas de vestir: la camisa sin estrenar; el rebocito de seda, recuerdo tal vez de un familiar querido, o comprado en los remotos días de bonanza; el abrigo casi casi nuevo... que todavía no se acaba de pagar al abonero, y por el que casi casi el valuador se resiste a prestar algo. Obreros que llevan sus herramientas de trabajo: martillos, juegos de llaves, instrumentos de carpintería, de herrería, etcétera. Estudiantes con el envoltorio de sus libros, con el reloj, la leontina, el prendedor, destinados al empeño...

Las depositarías son unas salas de grandes dimensiones donde se colocan los objetos empeñados. La depositaría en que nos encontramos ocupa desde la esquina de Monte de Piedad y Cinco de Mayo hasta la calle de la Palma. Allí hay de todo: máquinas de escribir, radios, instrumentos de música, estatuas, libros, porcelanas, bronces, cristales; cada objeto con su respectiva etiqueta marcando la partida, el mes, etcétera, a fin de poder ser localizables en cualquier momento.

Entre los objetos curiosos que encontramos se cuenta un "Libro de horas" valuado en ochocientos pesos. Es de origen francés y consta de dos manuscritos, uno del siglo XIV, con siete grandes pinturas miniadas que no han perdido su color a pesar de los años, y cinco escudos de la familia Millet de la Cosne; el otro corresponde al siglo XV, con ocho grandes pinturas miniadas también.

La heterogeneidad de las depositarías es absoluta, y la promiscuidad ídem. Junto a un Cristo escuálido está una Venus; junto a un adusto Napoleón, una bailarina, o una veladora... ¡Azares del acomodamiento! Nuestros ojos miraban perplejos todos aquellos miles y miles de objetos, representantes natos de miles y miles de necesidades económicas. ¡Cuántas de aquellas prendas estarían allí para que un cadáver fuese sepultado! ¡Cuántas para que una madre pudiera dar de comer a sus hijos! ¡Cuántas para salvar el crédito de un hombre honrado! ¡Cuántos para ocultar el robo de algún sinvergüenza, que en el Montepío pudo con más facilidad obtener dinero y deshacerse del cuerpo de su delito! Aquellos objetos nos parecían tristes, sin vida, como si suspirasen por sus antiguos sitios en el hogar, donde una mano cariñosa diariamente les quitaba el polvo de las horas.

Luego pasamos al Departamento de Joyas. Como nota curiosa vimos que allí los empleados usan patines. Preguntando el porqué de este sistema, nos dijeron que tenía por objeto que el servicio se hiciera lo más rápidamente posible. Encontramos cuatro cuadros empeñados en diez mil pesos. Eran auténticas pinturas de Jordaens, Tintoretto y Rubens. Nos mostraron un estuche donde había joyas por valor de quince mil pesos, amén de anillos, prendedores, aderezos, etcétera; una verdadera feria de piedras preciosas. Entre los depósitos curiosos nos

---

---

mostraron la corona de laureles, de oro, esmeraldas, diamantes y rubíes, del Benemérito de las Américas, y un bastón de marfil con puño de oro y adornos de filigrana, hecho en China y que perteneció a don Sebastián Lerdo de Tejada.

El jefe del departamento nos informó que en aquella sala había nada menos que tres millones de pesos en joyas.

Llegamos en el preciso momento en que el remate de alhajas se efectuaba. Iba y venía gente de todas clases. Unas con interés de comprar alguna joya, otras con el prurito de ver simplemente. Diligentes, los corredores proponían al público las alhajas. El señor Albertos, empleado del Monte de Piedad, que gentilmente nos acompañó en esta visita, nos explicó que mediante este procedimiento se ha logrado eliminar a los “coyotes”. Obtenida la prenda, se lleva a la casilla del remate, donde se grita en voz alta el precio en que definitivamente quedó valuada. Naturalmente, todavía el público está en condiciones de ofrecer. Este sistema de remate favorece al primitivo dueño de la prenda, porque el Monte se cobra el préstamo que hizo más los intereses, y entrega al empeñante el resto de la venta.

El Monte de Piedad funciona desde el año de 1775 y desde entonces ha realizado una cantidad asombrosa de préstamos. Véanse las cifras:

En 1775 hubo 19 294 empeños; en 1800, 32 024; en 1810, 38 062; en 1825 45 344; en 1850, 47 333; en 1875, 329 260; en 1900, 366 521; en 1925, 476 796; en 1929, 613 111; en 1932, 1 087 257; en 1933, 1 498 836; en 1934, 1 515 727.

Según la estadística del año pasado, por 1 515 727 empeños se prestó una cantidad de \$19 254 150.19; casi VEINTE MILLONES DE PESOS, en una ciudad como México, que cuenta con un millón de habitantes. Del número de objetos empeñados el año pasado, el 3% corresponde a muebles; el 21% a alhajas; el 12% a relojes; el 35% a ropa y el 29% a “varios”.

El Monte de Piedad fue fundado en el año de 1775 por iniciativa de don Pedro Romero de Terreros, primer conde de Regla, caballero de Calatrava. Este hombre logró hacer una inmensa fortuna asociado a don José Alejandro Bustamante, explotando juntos las vetas del mineral del Monte. Desde la firma del contrato que hizo con su socio asoman ya los nobles y caritativos sentimientos del señor Romero de Terreros, pues estipuló que la quinta parte de las utilidades habría de dedicarse a la fundación de un Monte de Piedad en México, una casa de huérfanos y un hospital de pobres como los de Madrid. Dotó a cientos de religiosas y ayudó a varios conventos, entre los cuales pueden nombrarse el de San Fernando en Pachuca, el de la Santa Cruz en Querétaro y el de San Fernando en México. En 1756 quiso hacer por su cuenta un presidio en el río de San Sabás, en la provincia de Texas; organizar una misión de franciscanos al mando de su primo fray Alonso Giraldo de Terreros, para cristianizar a los indios. Todos los gastos que tales empresas significaban las cubrió hipotecando sus bienes ante escribano público.

Prestó grandes servicios al rey Carlos III, quien en recompensa le otorgó el hábito de la Orden Militar de Calatrava, y después el título de conde de Regla, para sí, sus hijos y descendientes.

---

---

En 1767 el conde de Regla ofreció trescientos mil pesos al Supremo Consejo de Indias para la fundación del Montepío, inspirándose en uno fundado por un religioso franciscano en Perusa, y en el de Madrid, que estableciera el presbítero Francisco Piquer. Después de varios trámites, el 2 de junio de 1774, por real cédula otorgada en Aranjuez, Carlos III aprobó la fundación del Monte de Piedad. La cédula fue puesta en manos del entonces virrey de Nueva España, don Antonio María de Bucareli, quien cumplió eficazmente la comisión real.

La institución quedó ubicada en el Colegio de Jesuitas de San Pedro y San Pablo. El día de la ceremonia, según costumbre de la época, se cantó en la iglesia el *Tè Deum*. Asistieron a la misa y al sermón el virrey, el fundador y su familia, varias personas de alta alcurnia y los imprescindibles moscones dorados que pululan en todas las cortes. El 25 de febrero de 1775 quedó abierta la institución al público.

Del Colegio de Jesuitas se trasladó al Puente de San Francisco, hoy Avenida Juárez, ocupando más o menos el sitio donde actualmente se encuentra el edificio de “La Nacional”. Por último pasó a la calle del Empedradillo, hoy del Monte de Piedad, comprando en diciembre de 1836, a los herederos de Hernán Cortés, las casas números 7 y 8. Más tarde, para ampliarlo, compró las casas números 1, 2, 3 y 4 de la calle de Mecateros, hoy Avenida del 5 de Mayo. En 1888, el Monte de Piedad tenía ocho sucursales. Actualmente tiene siete, dos grandes agencias de préstamos sin rédito, una sucursal para empeño de coches y otra para empeño de semillas; esta última tiene como finalidad librar a los comerciantes de los prestamistas de mercado, que los explotan con intereses absurdos e injustos.

La inmensa fortuna del conde de Regla dio margen a que la fantasía popular se desbordara. Se decía, por ejemplo, que las herraduras de los caballos del señor de Terreros eran de plata pura, y que cuando se bautizaba a un hijo del conde, la comitiva, desde la casa hasta la parroquia, pisaba sobre barras de plata. Agregaban que la condesa había obsequiado a la virreina un par de zapatillas recamadas de diamantes y piedras preciosas.

El viajero Robert Wilson escribe: “invitó al rey para que visitara sus minas, asegurando a su majestad que, si se dignaba hacerle tan señalado favor, los reales pies no tocarían el suelo de la Nueva España, puesto que en dondequiera que bajase de su carroza pisaría sobre plata, y el lugar donde se alojara sería forrado del mismo precioso metal”.

Finalmente visitamos la capilla, que actualmente se dedica a museo, donde encontramos los primeros libros en que se asentaron las partidas de los empeños, varios ornamentos religiosos, un confesonario antiquísimo, pinturas místicas de inestimable valor, el primer “cuévano”, que se usó en el Montepío para transportar las prendas, y un albardón que usó en campaña el primer jefe del Ejército Constitucionalista, don Venustiano Carranza...

Cuando abandonamos el Monte de Piedad seguía la operación del remate. Los corredores, con fuertes voces, pregonaban el valor de las alhajas:

—¡Corre, va corriendo...! ¡Leontina de oro en ciento cincuenta pesos!

---

---

## EL DESPERTAR DE LA CIUDAD

La madrugada, con su gris capote de neblina, se pasea por la metrópoli. Nuestros pasos, que se acaban de levantar, tiritan de frío. Todavía hay residuos de sueño y de sueños en los ojos. La noche se está desintegrando violentamente. En los quicios de los zaguanes escóndense jirones dispersos de su sombra.

En nuestra temprana caminata nos encontramos con tipos clásicos de esta hora matinal. Desde el lechero, a horcajadas en su vieja bicicleta, en la que lleva a diferentes destinos gran número de pomos de leche que, al golpearse unos contra otros por el movimiento de la conducción, producen un alegre tintineo de vida que despierta hasta al noctámbulo tradicional que ha convertido la noche en hora de actividad y el día en descanso. Sorprendimos a uno cuya silueta titubeante se adueñaba de toda la calle. Le fuimos siguiendo los pasos hasta que se detuvo frente a una puerta. Hizo desesperados esfuerzos para abrirla. Como pasara mucho tiempo y nuestro trasnochador no pudiera lograr lo que intentaba, el compañero Carrillo, gráflex al brazo y armado de una piedad cristiana, se acercó al individuo. Abrió la puerta y el desvelado entró al hogar. Comentario de Carrillo:

—¡Cómo iba a abrir si estaba metiendo la llave al revés!

Corre el panadero, jugando al equilibrio con su gran canasto de pan que aroma la calle con su apetitoso tufillo de harina acabada de salir del horno. Veloz como un relámpago, deja calles y calles a su espalda. El rostro cubierto con una gruesa bufanda de lana, en tanto que sus ojos alertas cuidan la pista por donde habrá de pasar la silenciosa ligereza de sus pasos. Se detiene en una puerta; deja el pan nuestro de cada día; toca en otra, y así sucesivamente, va distribuyendo el pan. Ese pan que tantas luchas, que tantos esfuerzos y disgustos nos cuesta adquirir. Ese pan del que opinan los filósofos que no sólo vive el hombre, pero del que, sin duda alguna, el hombre vive principalmente.

La llama de un fósforo prende nuestros cigarrillos y quema también las sombras postreras de la noche. En la esquina, una vendedora de café que ha estado vendiendo toda la noche. En el anafrillo de hojalata, negro de hollín y de grasa, roncán una olla de café y otra de “hojas”. En torno de la pequeña “vendimia” un velador dormita. Unos hombres se desayunan para ir a trabajar; otros se “curan” ciertos males estomacales producidos por el alcohol. La vendedora no se da abasto. Tazas de café, tazas de “hojas”, tamales, atole... La rústica escanciadora parece no sentir la fatiga. Aún tiene fuerzas para decir chanzas a sus parroquianos, para sonreír y despachar diligentemente.

Ahora caminamos por Chapultepec. El legendario bosque estival, perennemente verde, levanta al cielo sus ramazones cargadas de siglos, de historia y de heno. En la verdosa pupila del lago, las blancas incógnitas de los cuellos de los cisnes avanzan en caravanas con elegante parsimonia, mientras el remo, impulsado por un brazo deportista, destruye la mansedumbre casi mística de las aguas.

---

Las herraduras de los caballos marcan la húmeda epidermis de las calzadas. Muchachas con las medias enrolladas hasta los tobillos, con tacones bajos y trajes ligeros, corretean... Las gordas tratando de rebajar peso, las flacas de aumentarlo, y las que están bien, de conservar en tal estado su línea. Varios ciclistas se entrenan. Muchos corredores ejercitan su fuerte musculatura. En esta hora —las siete— el trabajo y el deporte han abierto el libro de sus actividades cotidianas.

En Oriente el sol parece una condecoración de oro prendida en el pecho azul del cielo. La refrescante caricia del viento nos ha puesto un sello optimista en el rostro. Sentimos saludable agilidad de los músculos. La voz de esta mañana dorada, limpia y luminosa, es un verdadero *sursum corda*. □

